

## Lunes XXXIV del TO Ciclo A



27 de noviembre de 2023

Dn 1, 1-6.8-20

Dn 3

Lc 21, 1-4

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Durante esta semana, en el Primera Lectura seguiremos el Libro de Daniel. En el siglo II a.C., mientras que unos (como los Macabeos) luchaban con las armas y las revueltas contra Antíoco IV Epífanes (libros de los Macabeos que vimos la semana pasada), otros lo hacían con la pluma: tal es el caso del autor de Libro de Daniel. Y aunque es un libro escrito, por tanto, en el siglo II a.C. el contenido de su relato se remonta a siglos atrás (el destierro) y en otro país (Babilonia). Con estos relatos de «viejas historias» el autor se propone, por un lado, enseñar a los poderosos de turno el destino trágico que espera a la lógica del poder humano que pretende desplazar a Dios y ocupar su lugar; y por otro, pretender enseñar y recordar a los judíos fieles cómo el pueblo de Israel había superado en otro tiempo las prueba del exilio, y cómo Dios premia siempre la fidelidad de los suyos.

La denuncia que este libro de Daniel hace de la arbitrariedad y la crueldad del poder dominante, revelando la lógica que entraña la desmesura del poder y el trágico destino que le espera, es probable que haya sido bien vista por la comunidad judía que sufría la persecución del poder seléucida (Antíoco IV). En cambio, quizás no haya sido bien recibido el anuncio que hace el libro de la posibilidad de colaboración con el poder dominante y sobre todo el anuncio de la posibilidad de su conversión; sobre todo por aquella parte de la comunidad judía que optaba más bien por organizar una reacción revolucionaria.

Probablemente el autor del libro de Daniel, al mismo tiempo que exhortaba a la fidelidad a la fe mosaica, aún a riesgo de la vida, confiando en que Dios cuida de sus fieles y es el único que verdaderamente puede salvar, intentó también defender una actitud de acatamiento del poder extranjero; al fin y al cabo el Señor es quien guía la historia y otorga el poder a quien quiere. Presentaba así su teología martirial como una alternativa al levantamiento armado propuesto por los macabeos<sup>1</sup>.

En el Evangelio, una vez más se nos habla de lo que más le gusta a Jesús, de lo que a Él le impacta, en lo que más se fija: la totalidad de la entrega. Cuando en una relación la entrega de una parte a la otra, es calculada y según determinadas condiciones, entendemos que esa entrega puede comprometernos, pero solo hacia cierto punto, precisamente el punto en que se sitúan nuestros cálculos o condiciones. Así, por ejemplo, en una relación comercial los compromisos de las partes integrantes están definidos en el contrato que ambas partes firman y al que se comprometen. Lo que está fuera de lo que especifica el contrato no es exigible y ninguna de las partes puede esperar de la otra que cumpla tal exigencia. Si lo quiere, tendrá que pagarlo aparte.

Sin embargo en una relación de amor las cosas no funcionan de ese modo no hay límites en la exigencia, no hay condiciones ni líneas que acoten la entrega. Cuando se dan condiciones en una pareja para la correspondencia al amor, allí habrá una relación de conveniencia, o de cualquier

---

<sup>1</sup> Cfr. JOSÉ HÉCTOR LÜDY. *Daniel*. Comentario al Antiguo Testamento II. La Casa de la Biblia. Ed. Atenas. Madrid, 1997

otro tipo, pero no de amor. Cuando la partícula condicional «*si*» se pone como premisa en las relaciones, supuestamente, de amor (por ejemplo: «*si* me quieres, dame esto o aquello»; o incluso: «yo te amo *si* tú me eres fiel»), la relación es interesada. El amor, en sí mismo, exige el vacío total hacia la persona amada, la apertura de corazón completa, incluso a riesgo de quedar como un estúpido ante cualquier infidelidad o ante la evidencia de la misma. Así es el amor.

Ahora bien, el amor se manifiesta dándose: tampoco hay amor si no hay entrega, y entrega total, porque no hay condiciones. El amor solo existe y se manifiesta en la persona que se da. Decir que amamos y no salir de nuestra madriguera, permaneciendo *enratonados* en nuestro propio mundo, inalterados y con nuestra seguridad celosamente protegida, es decir dos cosas diferentes.

Y a Jesús le interesa saber qué clase de sentimiento motiva nuestra entrega a Dios. Por eso es que el evangelio explícitamente dice que «*Jesús, levantando los ojos vio...*» qué es lo que estaba sucediendo en las alcancías del templo. Es decir, no se lo encontró por casualidad, quería saber cómo sucedía.

Y nos encontramos a dos personajes: el rico y la pobre viuda. El primero, símbolo del que tiene con Dios una relación interesada y que, por tanto, no da todo, sino solo lo que le conviene, en este caso, de lo que le sobra, es decir, lo que no le compromete, lo que no le saca de sí mismo. Somos como este personaje del evangelio cuando damos de lo que tenemos, sí, pero permanecemos inalterados. El rico dio un montón de dinero, pero se fue a su casa inalterado: nada había cambiado en su vida: vino con la misma seguridad con la que se fue.

Por otro lado, está la mujer pobre y viuda. El evangelio está subrayando la extrema dependencia de la mujer de lo material para sobrevivir y que, sin embargo, es capaz de dar de lo que depende solo por amor. Ella vino dependiendo de sus dos monedas, tal vez para comer ese día, y se fue a la intemperie, sin apoyo y totalmente colgada del aire. Vino con una tenue seguridad pero fue capaz de soltarla, arriesgándolo todo, solo por amor a Dios. Somos como este personaje cuando en nuestras comunidades, en nuestras casas, somos capaces de mirar a nuestro hermano sin mirarnos a nosotros mismos, a nuestras necesidades, a nuestra seguridad y no hacemos cálculo alguno a la hora de responderle, implique en mí lo que implique. Somos como este personaje cuando delante de Dios tampoco le ponemos condiciones y somos capaces de arrojarnos al vacío de su voluntad sin mirar nuestra madriguera, nuestra seguridad.

Fíjense que la alabanza de Jesús hacia la viuda está en la proporción de lo que da con relación a lo que tiene. Es decir, ella da el 100% de lo que tiene, es decir, de lo que es. Da igual que tenga mucho o poco, lo que alaba Jesús es el porcentaje de su donación. En este caso, la totalidad.

Lo que le interesa a Jesús es que descubramos, por debajo de las apariencias, la verdadera riqueza de la generosidad y pienso que quiere que entendamos que el Padre va buscando gente que, como la viuda, no entreguen de lo que sobra sino de lo que necesitan para vivir, porque es esa la confianza que Él espera.